



## CAPÍTULO XXVI.

Donde se prosigue la graciosa aventura del Titerero, con otras cosas en verdad  
harto buenas.

**G**ALLARON todos Tirios y Troyanos: quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas, y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho y dijo:—Esta verdadera historia que aquí á vuestras mercedes se representa, es sacada al pié de la letra de las corónicas francesas, y de los romances españoles que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor Don Gayféros á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España en poder de moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza: y vean vuestras mercedes allí como está jugando á las tablas Don Gayféros, segun aquello que se canta:

Jugando está á las tablas Don Gayféros,  
Que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personage que allí asoma con corona en la cabeza y cetro en las manos, es el emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual mohino de ver el ocio y descuido de su yerno le sale á reñir: y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen que se los dió y muy bien dados: y despues de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corria su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:—Harto os he dicho, miradlo. Miren vuestras mercedes tambien, como el emperador vuelve las espaldas y deja despechado á Don Gayféros, el cual ya ven como arroja im-

paciente de la cólera lejos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y á Don Roldan su primo pide prestada su espada Durindana<sup>1</sup>, y como Don Roldan no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado, no lo quiere aceptar; antes dice, que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el mas hondo centro de la tierra, y con esto se entra á armar para ponerse luego en camino. Vuelvan vuestras mercedes los ojos á aquella torre que allí parece que se presupone, que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería, y aquella dáma que en aquel balcon parece vestida á lo moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía á mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en Paris y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren tambien un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamas. ¿No ven aquel moro que callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren cómo la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir y á limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y como se lamenta y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren tambien como aquel grave moro, que está en aquellos corredores, es el rey Marsilio de Sansueña, el cual por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender y que le den docientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad con chilladores delante y envaramiento detras<sup>2</sup>: y veis aquí donde salen á ejecutar la sentencia, aun bien apenas no habiendo sido puesta en ejecucion la culpa, porque entre moros no hay traslado á la parte, ni aprueba, y estése, como entre nosotros.—Niño, niño, dijo con voz alta á esta sazón Don Quijote, seguid vuestra historia línea recta, y no os metais en las curvas ó transversales, que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas. Tambien dijo Maese Pedro desde dentro:—Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo mas

<sup>1</sup> De esta espada dice el arzobispo Turpin, que era de una hechura hermosísima, de un filo incomparable, y de una fortaleza inflexible. Liámala *Duranda*, acaso por su dureza. Otros franceses la llamaron *Durandal*: los italianos *Durindana*, cuyo nombre adoptó nuestra lengua. El fabricante se llamó *Manificans*, segun se dice en la historia de Carlo Magno.

<sup>2</sup> Delante de los azotados iba el pregonero, que publicaba ó chillaba la sentencia, y detras algunos alguaciles con las varas en las manos.



acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos que se suelen quebrar de sotiles.—Yo lo haré así, respondió el muchacho, y prosiguió diciendo:—Esta figura que aquí parece á caballo, cubierta con una capa gascona<sup>1</sup>, es la mesma de Don Gayféros, á quien su esposa, ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y mas sosegado semblante se ha puesto á los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algun pasagero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance que dice:

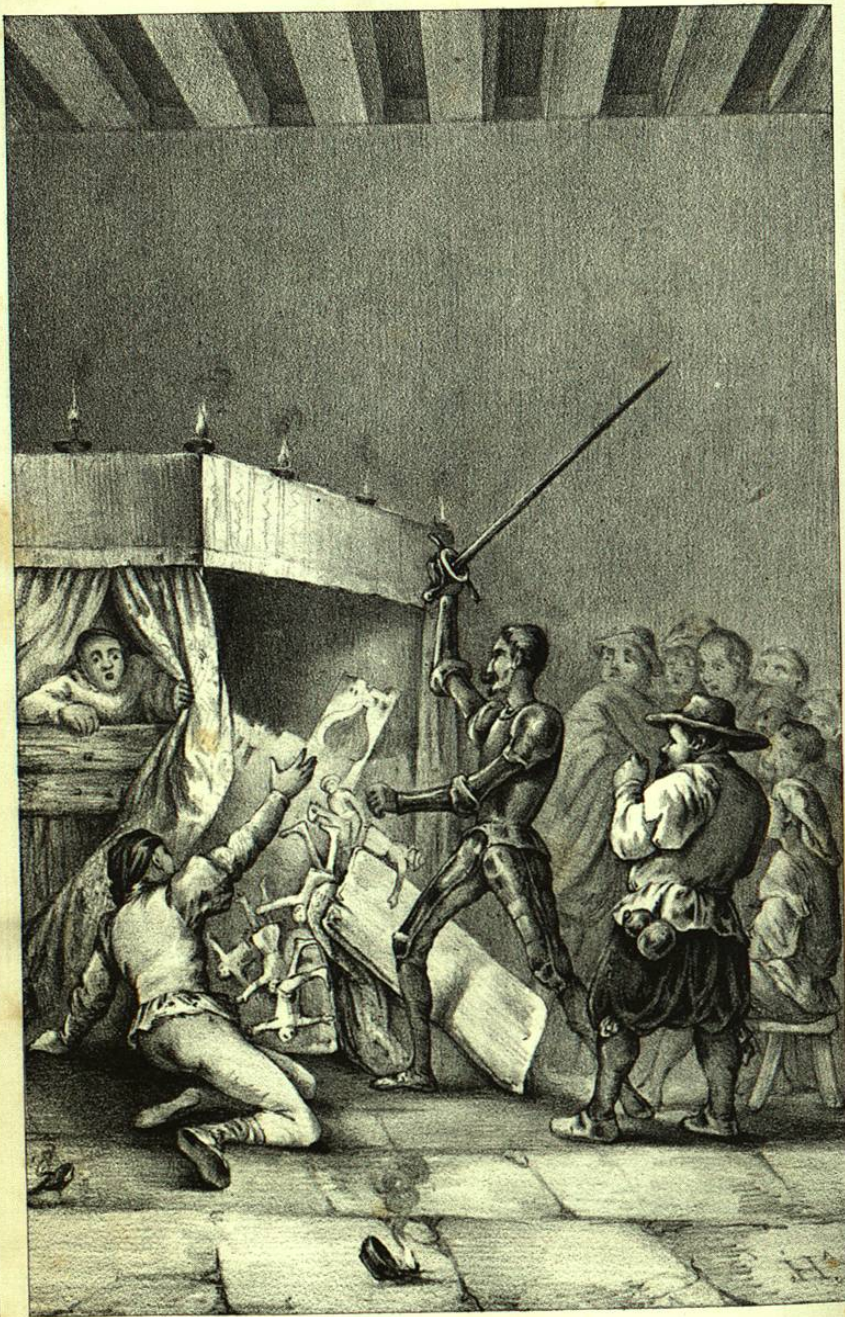
Caballero, si á Francia ides,

Por Gayféros preguntad.

Las cuales no digo yo ahora, porque de la proligidad se suele engendrar el fastidio: basta ver, como Don Gayféros se descubre, y que por los ademanos alegres que Melisendra hace, se nos da á entender que ella le ha conocido, y mas ahora que vemos se descuelga del balcon para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. Mas ¡ay sin ventura! que se le ha asido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon, y está pendiente en el aire, sin poder llegar al suelo. Pero veis como el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega Don Gayféros, y sin mirar si se rasgará ó no el rico faldellin, ase della y mal de su grado la hace bajar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcajadas como hombre, y la manda que se tenga fuertemente, y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho, porque no se caiga, á causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada á semejantes caballerías. Veis tambien, como los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis como vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de Paris la via. Vais en paz, ó par sin par de verdaderos amantes, llegueis á salvamento á vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viage: los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias (que los de Nestor sean) que os quedan de la vida. Aquí alzó otra vez la voz Maese Pedro, y dijo:—Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectacion es mala. No respondió

<sup>1</sup> Capa propia de aldeanos, pastores y viajeros, con capilla puntiaguda. (Covarrubias.)





nada el intérprete, antes prosiguió diciendo:—No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma, y miren con qué priesa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas que en todas las torres de las mezquitas suenan.—Eso no, dijo á esta sazón Don Quijote, en esto de las campanas anda muy impropio Maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales y un género de dulzainas, que parecen nuestras chirimías, y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate. Lo cual oido por Maese Pedro, cesó el tocar, y dijo:—No mire vuesa merced en niñerías, señor Don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo que no se le halle. ¿No se representan por ahí casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no solo con aplauso, sino con admiracion y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir, que como yo llene mi talego, siquiera represente mas impropiedades que tiene átomos el sol.—Así es la verdad, replicó Don Quijote, y el muchacho dijo:—Miren cuanta y cuan lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes, cuantas trompetas que suenan, cuantas dulzainas que tocan, y cuantos atabales y atambores que retumban: témome que los han de alcanzar, y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que seria un horrendo espectáculo. Viendo y oyendo pues tanta morisma y tanto estruendo Don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huían, y levantándose en pié, en voz alta dijo:—No consentiré yo que en mis dias y en mi presencia se le haga superchería á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como Don Gayféros: deteneos, mal nacida canalla, no le sigais ni persigais, si no, conmigo sois en la batalla, y diciendo y haciendo

I Por ser general la censura que hace aquí Cervantes de las impropiedades de las comedias de su tiempo, pudiera bien comprender las de Lope de Vega, que siendo uno de los individuos de la academia de Madrid, fundada á principios del siglo XVII, cuidaba mas de llenar el talego (segun daba á entender Cristóbal de Mesa) que de observar las reglas del arte.

“.....Dichoso entre ellos tú, que solo  
Has hecho tanta copia de comedias,  
Que te dan fama en uno y otro polo.

Si tu necesidad así remedias,  
Contribuya la cómica canalla  
Para calzas y sayo, capa y medias.”

(Rimas, p. 187 v. impresas el año de 1611.)

TOMO II.

23



desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando á unos, descabezando á otros, estropeando á este, destrozando á aquel, y entre otros muchos tiró un altibajo tal, que si Maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con mas facilidad que si fuera hecha de masa de mazapan. Daba voces Maese Pedro, diciendo:—Deténgase vuesa merced, señor Don Quijote, y advierta que estos que derriba, destroza y mata, no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta: mire ¡pecador de mí! que me destruye y echa á perder toda mi hacienda. Mas no por esto dejaba de menudear Don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en menos de dos credos, dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras, el rey Marsilio mal herido y el emperador Carlo Magno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la venta: temió el primo, acobardóse el page, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo, porque como él juró despues de pasada la borrasca, jamas habia visto á su señor con tan desatinada cólera. Hecho pues el general destrozo del retablo, sosegóse un poco Don Quijote y dijo:—Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen, ni quieren creer de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes: miren, si no me hallara yo aquí presente, qué fuera del buen Don Gayféros y de la hermosa Melisendra; á buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algun desaguisado. En resolucion, viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra.—Viva en hora buena, dijo á esta sazón con voz enfermiza Maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado que puedo decir con el rey Don Rodrigo: Ayer fuí señor de España, y hoy no tengo una almena que pueda decir que es mia. No ha media hora, ni aun un mediano momento que me ví señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y sobre todo sin mi mono, que á fé que primero que le vuelva á mi poder me han de sudar los dientes, y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice, que ampara pupilos y endereza túertos, y hace otras obras caritativas, y en mí solo ha venido á faltar su intencion generosa, que

sean benditos y alabados los cielos allá donde tienen mas levantados sus asientos.

En fin, *el Caballero de la Triste Figura* habia de ser aquel que habia de desfigurar las mias. Enternecióse Sancho Panza con las razones de Maese Pedro, y díjole:—No llores, Maese Pedro, ni te lamentos que me quiebras el corazon, porque te hago saber que es mi señor Don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer, con muchas ventajas.—Con que me pagase el señor Don Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaria contento, y su merced aseguraria su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ageno contra la voluntad de su dueño y no lo restituye.—Así es, dijo Don Quijote; pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, Maese Pedro.—¿Como no? respondió Maese Pedro; y estas reliquias que están por este duro y estéril suelo ¿quién las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible dese poderoso brazo? ¿Y cuyos eran sus cuerpos sino míos? ¿Y con quién me sustentaba yo, sino con ellos?—Ahora acabo de creer, dijo á este punto Don Quijote, lo que otras muchas veces he creído; que estos encantadores que me persiguen, no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me ois, que á mí me pareció todo lo que aquí ha pasado que pasaba al pié de la letra, que Melisendra era Melisendra, Don Gayféros Don Gayféros, Marsilio Marsilio, y Carlo Magno Carlo Magno: por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesion de caballero andante, quise dar ayuda y favor á los que huían, y con este buen propósito hice lo que habeis visto: si me ha salido al reves, no es culpa mia, sino de los malos que me persiguen, y con todo esto deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mesmo condenarme en costas: vea Maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana. Inclínósele Maese Pedro, diciéndole:—No esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso Don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos, y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre vuesa merced y mí de lo que valen, ó podian valer las ya desechas figuras. El ventero y Sancho dijeron que así lo harian, y luego Maese Pedro



alzó del suelo con la cabeza menos al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo:—Ya se ve cuán imposible es volver á este rey á su ser primero, y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio.—Adelante, dijo Don Quijote.—Pues por esta abertura de arriba á bajo, prosiguió Maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlo Magno, no sería mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo.—No es poco, dijo Sancho.—Ni mucho, replicó el ventero, médiase la partida y señálense cinco reales.—Dénsese todos cinco y cuartillo, dijo Don Quijote, que no está en un cuartillo mas á menos la monta desta notable desgracia, y acabe presto Maese Pedro, que se hace hora de cenar y yo tengo ciertos barruntos de hambre.—Por esta figura, dijo Maese Pedro, que está sin narices y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedis.—Aun ahí sería el diablo, dijo Don Quijote, si ya no estuviese Melisendra con su esposo, por lo menos en la raya de Francia, porque el caballo en que iban, á mí me pareció que antes volaba que corria, y así no hay para qué venderme á mí el gato por liebre, presentándome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia con su esposo á pierna tendida: ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor Maese Pedro, y caminemos todos con pié llano y con intencion sana, y prosiga.—Maese Pedro que vió que Don Quijote izquierdeaba y que volvía á su primer tema, no quiso que se le escapase, y así le dijo:—Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servian, y así con sesenta maravedis que me den por ella quedaré contento y bien pagado. Desta manera fué poniendo precio á otras muchas destrozadas figuras, que despues lo moderaron los dos jueces árbítritos con satisfaccion de las partes, que llegaron á cuarenta reales y tres cuartillos, y además desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió Maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono.—Dáselos, Sancho, dijo Don Quijote, no para tomar el mono, sino la mona, y docientos diera yo ahora en albricias á quien me dijera con certidumbre que la señora Doña Melisendra y el señor Don Gayféros estaban ya en Francia y entre los suyos.—Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono, dijo Maese Pedro; pero no habrá diablo que ahora le tome, aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche, y amanecerá Dios y verémonos. En resolucion, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y

en buena compañía á costa de Don Quijote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas, y ya despues de amanecido se vinieron á despedir de Don Quijote el primo y el page, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del cual le dió Don Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver á entrar en mas dimes, ni diretes con Don Quijote, á quien él conocia muy bien, y así madrugó antes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y á su mono, se fué tambien á buscar sus aventuras. El ventero que no conocia á Don Quijote, tan admirado le tenian sus locuras como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagó muy bien por orden de su señor, y despidiéndose dél casi á las ocho del dia, dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir, que así conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaracion desta famosa historia.

